

## CAPÍTULO 45

Durante la cena, mi padre explicó que en la Asamblea General de la ONU, que se reuniría el 29 de noviembre en el Lago Success, cerca de Nueva York, debería haber una mayoría no menor a los dos tercios para aceptar la propuesta de la mayoría de los miembros del comité de la UNSCOP de fundar en los territorios del Mandato Británico dos estados independientes, uno judío y otro árabe. Los países de la Liga Árabe, junto con el gobierno británico, harían todo lo que estuviese en sus manos para impedir que se alcanzase esa mayoría: su deseo era que toda esa tierra se convirtiese en un estado árabe bajo la protección de Gran Bretaña, igual que otros países árabes, entre ellos Egipto, Transjordania e Iraq, que estaban de hecho bajo el protectorado británico. Al otro lado estaba el presidente Truman, en contra de la posición de su Departamento de Estado, a favor de aceptar el plan de partición.

La Unión Soviética de Stalin se unió inesperadamente a Estados Unidos y apoyó también la fundación de un estado para los judíos junto a un estado para los árabes en Eretz Israel: es posible que Stalin esperara que la decisión de la partición provocara un conflicto largo y sangriento en Medio Oriente, un conflicto que le permitiría conseguir un acceso soviético a las zonas de influencia británica en la región, cercano a los campos petrolíferos y al canal de Suez. Los complicados cálculos de las grandes potencias se entrelazaban unos con otros y se cruzaban, al parecer, con los apetitos religiosos: el Vaticano esperaba adquirir una influencia decisiva en Jerusalem que, según el plan de partición, iba a quedar bajo un protectorado internacional, es decir, ni musulmán ni judío. Consideraciones guiadas por la conciencia y el sentimiento se mezclaban con cálculos egoístas y cínicos (algunos gobiernos europeos buscaban el modo de resarcir de alguna forma al pueblo judío por la pérdida de un tercio de sus hijos e hijas a manos de los asesinos alemanes y por tantas generaciones de persecución. Sin embargo, esos mismos países bienintencionados no desdeñaron la posibilidad de canalizar lejos de sus territorios y lejos de Europa el flujo de cientos de miles de judíos deportados de la Europa del Este, pobres, sin nada, que se estaban pudriendo desde la derrota de Alemania en campos de refugiados diseminados por distintos lugares del viejo continente).

Hasta la misma hora de la votación, era difícil predecir cuáles serían los resultados: presiones y persuasiones, amenazas, conspiraciones y hasta sobornos se

realizaron para inclinar de un lado o de otro el voto de tres o cuatro pequeñas repúblicas de América Latina y del Lejano Oriente, países que podían determinar el resultado de la votación. El gobierno de Chile, que iba a apoyar el plan de partición, se rindió a la presión árabe y ordenó a su representante en la ONU votar en contra. Haití anunció que votaría en contra. La delegación griega, partidaria de la abstención, también decidió en el último momento unirse a la posición árabe. El enviado de Filipinas evitó posicionarse. Paraguay dudaba, y su representante en la ONU, el señor César Acosta, se quejó de no haber recibido instrucciones precisas de su gobierno. En Siam estalló una revolución, la nueva autoridad retiró a su delegación en la ONU y aún no había nombrado una nueva. Liberia, por su parte, había prometido su apoyo. Haití cambió de opinión, por influencia de los americanos, y decidió votar a favor<sup>102</sup>. Mientras, en la calle Amós, en la tienda de Auster o en la papelería y kiosco de prensa del señor Kaleko, se hablaba de un atractivo diplomático árabe que había conquistado a la representante de un pequeño país y había conseguido influirla para que votara contra el plan de partición, a pesar de que su gobierno había prometido a los judíos que los apoyaría. «Pero inmediatamente», contó lleno de alegría el señor Kolodni, dueño de la Imprenta Kolodni, «inmediatamente han enviado a un eficiente judío a que corra a contárselo todo al marido de la diplomática enamorada, y han enviado a una joven y eficiente judía a que le cuente todo a la mujer del diplomático donjuán, y si eso no es suficiente, les han preparado...» (en ese punto, la conversación pasó a desarrollarse en idish, para que yo no lo entendiese).

El sábado, comentaban todos, el sábado por la mañana, los delegados de la Asamblea General se reunirían en un lugar llamado Lago Success y decidirían nuestro destino: «¡La vida o la muerte!», dijo el señor Abramsky. Mientras, la señora Tosia Krohmal trajo de la clínica de muñecas de su marido un alargador de la máquina de coser eléctrica, para que los Lemberg pudieran enchufar su negro y pesado aparato de radio y ponerlo en la mesa de la terraza (era la única radio en toda la calle Amós, si no la única en todo el barrio de Kerem Abraham). Allí funcionaría la radio a toda potencia, y todos nosotros nos reuniríamos en casa de los Lemberg, en el patio, en la calle, en la terraza del piso de arriba, en la terraza de enfrente y en la acera delante del patio, de modo que toda la calle podría escuchar «el programa fluido» (así se llamaba entonces a los programas en directo), y saber cuál sería

---

<sup>102</sup> N. del A.: Jorge García-Granados, *Así nació el Estado de Israel*, Ajasaf, Jerusalem 1951, págs. 272-273.

nuestra sentencia y lo que nos depararía el futuro («si es que hay algún futuro después de este sábado»).

–Lago Success –dijo mi padre– significa: el lago del éxito. Es decir, lo contrario al mar de lágrimas que simbolizaba en Bialik el destino de nuestro pueblo. Su Alteza –continuó–, esta vez le permitiremos participar en este acontecimiento, por su nueva posición como evidente lector de periódicos y su función como comentarista militar y político.

Mi madre dijo:

–Sí, pero con pullover. Ya hace frío.

Pero el sábado por la mañana nos dimos cuenta de que el juicio decisivo que iba a comenzar en el Lago Success a primera hora de la tarde, comenzaría, para nosotros, ya de noche, debido a la diferencia horaria entre Nueva York y Jerusalem. O quizá no por la diferencia horaria, sino porque Jerusalem era un lugar perdido, al otro lado de las montañas oscuras, alejado del gran mundo, y todo lo que sucedía en el gran mundo llegaba hasta nosotros siempre sólo en la forma del eco de un eco, débil, oscuro, e incluso eso nos llegaba siempre con mucho retraso. Según los cálculos, la votación se produciría cuando en Jerusalem fuese ya muy tarde, cerca de medianoche, una hora en la que el niño debe llevar ya tiempo en la cama pues también mañana hay que levantarse para ir al colegio.

Mi padre y mi madre intercambiaron, por tanto, algunas frases rápidas, una corta negociación en polaco o en ruso, y al final mi madre dijo:

–A pesar de todo, tal vez sea conveniente que esta noche te vayas a dormir como siempre y nosotros vayamos al patio junto a la tapia a oír el programa desde la terraza de la familia Lemberg, y si el resultado es bueno, te despertaremos y te lo contaremos, aunque sea a medianoche. Prometido.

Después de medianoche, hacia el final de la votación, me desperté. Mi cama estaba debajo de la ventana que daba a la calle, y sólo tenía que incorporarme, ponerme de rodillas y mirar por las rendijas de la persiana. Me puse a temblar.

Como en un sueño aterrador, estaban apretados, callados e inmóviles bajo la luz amarillenta de la farola de la calle, montones de sombras erguidas en nuestro patio, en los patios vecinos, en las aceras, en la carretera, como una gigantesca asamblea de espíritus silenciosos bajo la luz pálida; en todas las terrazas, cientos de hombres y mujeres sin expresión, vecinos, conocidos y extraños, unos con ropa de dormir y otros con chaqueta y corbata; vi a algunos hombres con sombreros o gorras, mujeres con la cabeza descubierta, mujeres en bata y con pañuelos en la cabeza; en los hombros de algunos, había niños dormidos; entre la multitud, vi a una anciana sentada en un taburete o a un anciano que era transportado en su silla a la calle.

Toda aquella gran multitud estaba como petrificada en el sobrecogedor silencio de la noche, como si no fueran personas reales sino cientos de siluetas negras dibujadas sobre la cortina oscilante de la oscuridad. Parecía que todos se habían muerto de pie. Ni una palabra, ni una tos, ni una pisada. Ni un mosquito zumbaba allí. Tan sólo la voz profunda y áspera del locutor americano saliendo de la radio, que estaba a todo volumen y estremecía el aire nocturno, o tal vez fuera la voz de Osvaldo Arania de Brasil, el presidente de la Asamblea. Uno tras otro fueron leyendo los nombres de los últimos países de la lista, siguiendo el orden alfabético inglés, y de inmediato volvía a retumbar su micrófono con las respuestas de los delegados. United Kingdom: *abstence*. Union of Soviet Socialist Republics: *yes*. United States: *yes*. Uruguay: *sí*. Venezuela: *sí*. Yemen: *en contra*. Yugoslavia: *abstención*.

La voz se detuvo en seco. Y de repente un silencio de otro mundo descendió y congeló toda la escena, un silencio aterrador, trágico, un silencio de cientos de personas con la respiración contenida que no había oído nunca antes de aquella noche y no he vuelto a oír después.

Después, la voz grave, algo ronca, volvió a hacer temblar el aire a través de la radio y concluyó con árida sequedad pero grávida de alegría: treinta y tres a favor. Trece en contra. Diez abstenciones y un país ausente de la votación. La propuesta es aceptada.

Y su voz fue tragada por el clamor que salía de la radio, que se desbordaba en las galerías locas de alegría de la sala del Lago Success, y al cabo de otros dos o tres segundos de aturdimiento, de bocas abiertas como de sed y ojos como platos,



también nuestra calle perdida a un extremo de Kerem Abraham, al norte de Jerusalem, rugió de pronto con un primer y terrible grito que desgarró la oscuridad, los edificios y los árboles, y se fragmentó, un grito no de alegría, no se parecía en nada al clamor de la multitud en los estadios deportivos, no se parecía al desenfreno de una muchedumbre exaltada, tal vez era más como un alarido de terror y pavor, un grito trágico, un grito que hacía temblar las piedras, que helaba la sangre, como si todos los muertos del pasado y del futuro hubieran podido por un instante gritar a través de una diminuta ventanita cerrada de inmediato, y un momento después, el primer grito de terror dejó paso a clamores de alegría y a una mezcla de bramidos roncós y ¡el pueblo de Israel vive!, y alguien que intentó en vano empezar a cantar el himno y griterío de mujeres y aplausos y «aquí, en la hermosa tierra de los antepasados», y toda la multitud comenzó a moverse lentamente alrededor de sí misma como llevada por un gigantesco remolino y ya nada estaba prohibido y salté dentro de los pantalones pero olvidé la camisa y el pullover y fui lanzado desde la puerta a la calle y la mano de algún vecino o de un desconocido me alzó para que no me aplastaran y me fueron pasando, volando de mano en mano, hasta que aterricé en los hombros de mi padre junto a la puerta de nuestro patio: mi padre y mi madre estaban abrazados, aferrados el uno al otro como dos niños perdidos en un bosque, jamás los había visto así antes de esa noche y no volví a verlos así después, y por un instante estuve en medio de su abrazo y al cabo de un rato volví a los hombros de mi padre y él, mi instruido y educado padre, estaba allí gritando con todas sus fuerzas, no eran palabras ni juegos de palabras ni consignas sionistas ni exclamaciones de alegría sino un largo y desnudo grito como anterior a la invención de las palabras.

Pero otros ya cantaban, toda la multitud cantaba: Créeme, llegará un día, o Aquí, en la hermosa tierra de los antepasados, o Sión, mi maravilla, o En las montañas, en las montañas brillará nuestra luz, o Desde Metullah hasta el Néguev, y mi padre, que no sabía cantar o que tal vez tampoco se sabía la letra de esas canciones, mi padre no estaba callado sino lanzando con todas sus fuerzas ese largo grito a pleno pulmón aaaahhhh y cuando se le acabó el aire inspiró de nuevo, como si se estuviera ahogando, y aquel hombre siguió gritando, aquel hombre que quería ser un gran catedrático y podría haberlo sido y que ahora era todo él un aaahhhh. Y vi, atónito, cómo la mano de mi madre se deslizaba sobre su cabeza sudada y su nuca y enseguida noté su mano también en mi cabeza, en mi espalda, pues quizás también yo, sin darme cuenta, había empezado a apoyar a mi padre en su grito, y la mano de mi madre nos acariciaba sin cesar a los dos, tal vez para tranquilizarnos y tal vez no, tal vez no fuera en absoluto para tranquilizarnos, tal vez desde lo más profundo de

su alma también ella intentaba participar con él y conmigo en nuestro grito y con toda la calle y con todo el barrio y con toda la ciudad y con todo el país intentaba también mi triste madre esta vez participar (no, por supuesto no toda la ciudad, tan sólo los barrios judíos, pues Sheij Jarrah, Katamón, Baqah y Talbia seguro que nos oyeron aquella noche y se cubrieron de un silencio tal vez similar al silencio de pavor que cayó sobre todos los barrios judíos antes de conocerse el resultado de la votación. En la casa de los Silvani en Sheij Jarrah y en la casa de los padres de Aisha en Talbia y en la casa del hombre de la tienda de ropa de mujer, el querido Geppetto con pesadas bolsas y ojos compasivos, allí no se alegraron aquella noche. Oyeron las voces de júbilo en las calles judías, quizá se asomaron a la ventana para ver los escasos cohetes que rasgaron la oscuridad del cielo, apretaron los labios y callaron. Hasta los papagayos callaron. Y calló el chorro del estanque del jardín. A pesar de que ni Katamón ni Talbia ni Baqah podían saber aún que cinco meses más tarde caerían por completo en manos de los judíos y en cada casa de piedra rojiza abovedada y en cada villa repleta de cornisas y arcos se instalarían otras personas).

Después, en la calle Amós, en todo Kerem Abraham y en todos los barrios judíos, hubo bailes y lágrimas, aparecieron banderas y consignas escritas en telas, y coches tocando el claxon y «suban a Sión estandarte y bandera», y «aquí, en la hermosa tierra de los antepasados», y de todas las sinagogas salía el sonido del *shofar*, y los libros de la Torá fueron sacados de las arcas sagradas y llevados hasta los que bailaban en círculos, y «hacia Yabne, hacia Galilea» y «canten, miren y vean/ qué grande es este día», y luego, de madrugada, se abrió de pronto la tienda del señor Auster y todos los kioscos de la calle Sofonías y se abrieron en la calle Gueulá y en la calle Chancelor y en Yafo y en King George, y se abrieron los bares de toda la ciudad y hasta el amanecer se repartieron, gratis, refrescos, golosinas y dulces y también bebidas con alcohol, y de mano en mano y de boca en boca se pasaban las botellas de jugo, cerveza y vino, y los desconocidos se abrazaban en las calles y se besaban con lágrimas en los ojos, y los policías ingleses, aturdidos, fueron arrastrados también hasta los que bailaban en círculos y se ablandaron con latas de cerveza y licores, y algunos exaltados treparon a los blindados del ejército británico y agitaron banderas de un estado que aún no se había creado pero que, esa noche se había decidido allí, en el Lago Success, tenía permiso para crearse. Y se crearía al cabo de ciento sesenta y siete días y noches, el viernes 14 de mayo de 1948, pero el uno por ciento de la población judía, el uno por ciento de los hombres, mujeres, ancianos, niños y bebés,

el uno por ciento de los que bailaban, festejaban, bebían y lloraban de alegría, el uno por ciento entero del pueblo que estaba jubiloso y desenfrenado aquella noche en las calles moriría en la guerra que iniciaron los árabes menos de siete horas después de la decisión de la Asamblea General en el Lago Success. En su ayuda, al marcharse el ejército británico, llegarían las fuerzas de la Liga Árabe, columnas de infantería, blindados, artillería, aviones de combate y bombarderos, desde el sur, desde el este y desde el norte. Irrumpieron en el país tropas de invasión regulares de cinco países árabes para acabar con el estado, tan sólo un día o dos después de su proclamación.

Pero cuando vagábamos por allí, la noche del 29 de noviembre de 1947, yo montado en los hombros de mi padre, entre círculos de gente que bailaba dichosa, él me dijo, no como pidiéndomelo sino como sabiendo y afianzando su opinión con clavos: Observa, hijo mío, observa bien, hijo, por favor, observa con siete ojos todo esto, porque esta noche, hijo, no la olvidarás mientras vivas, y de esta noche les hablarás a tus hijos, a tus nietos y a tus biznietos mucho tiempo después de que nosotros ya no estemos aquí.

Y al amanecer, a una hora a la que jamás se le permitía a un niño no llevar ya mucho tiempo durmiendo, hacia las tres o las cuatro, me metí vestido debajo de mi manta, a oscuras. Y al rato, la mano de mi padre levantó mi manta a oscuras, no para regañarme por haberme acostado con la ropa de calle, sino para acostarse a mi lado, también con la ropa de calle, que estaba empapada del sudor de la aglomeración, igual que la mía (y en casa había una ley férrea: jamás, bajo ningún concepto, meterse con la ropa puesta entre las sábanas). Mi padre se acostó a mi lado un rato y guardó silencio, a pesar de que normalmente sentía aversión ante cualquier silencio y se apresuraba a expulsarlo. Pero en esa ocasión no tocó el silencio que había entre nosotros sino que participó de él, y sólo su mano acariciaba ligeramente mi cabeza. Como si en esa oscuridad mi padre se hubiese convertido en mi madre.

Después me contó en voz baja, sin llamarme ni una vez Su Alteza o Su Excelencia, lo que le hicieron a él y a su hermano David los vándalos de Odesa y lo que le hicieron los jóvenes no judíos en el instituto polaco de Vilna, donde también las chicas participaron, y que al día siguiente, cuando llegó su padre, el abuelo Alexander, al colegio para protestar por la ofensa recibida, los canallas no le devolvieron los pantalones rasgados sino que también se lanzaron sobre su padre,

sobre el abuelo, ante sus ojos, lo tiraron al suelo y le quitaron los pantalones en medio del patio del colegio, y las chicas se reían y decían obscenidades, que los judíos eran todos así y asá, mientras los profesores miraban y callaban o tal vez también se reían.

Y todavía con voz de oscuridad, todavía con la mano entre mis cabellos (pues no estaba acostumbrado a acariciar), mi padre me dijo bajo la manta al amanecer, al despuntar el día 30 de noviembre de 1947: «Seguramente a ti también te molestarán más de una vez esos canallas en la calle o en la escuela. Y tal vez te molesten precisamente porque aún puedes ser algo parecido a mí. Pero desde ahora, desde el momento en que tengamos un estado, nadie te molestará sólo porque eres judío y porque los judíos son así y asá. Eso no. Jamás. Desde esta noche eso se ha acabado aquí. Se ha acabado para siempre».

Entonces alargué la mano adormecida para tocarle la cara, por debajo de su amplia frente, y de pronto en lugar de las gafas mis dedos encontraron lágrimas. Jamás en mi vida, ni antes ni después de aquella noche, ni siquiera cuando murió mi madre, había visto llorar a mi padre. Y de hecho tampoco esa noche lo vi: la habitación estaba a oscuras. Sólo mi mano izquierda lo vio.

Al cabo de unas tres horas, a las siete de la mañana, mientras todos nosotros dormíamos y quizás también toda la calle y todo el barrio, hubo disparos en Sheij Jarrah contra una ambulancia judía que iba desde el centro de la ciudad hasta el hospital Hadassah en Har Hatzofim. Por todo el país, los árabes asaltaron autobuses judíos, matando e hiriendo a los pasajeros, y dispararon con armas ligeras y ametralladoras hacia los barrios periféricos y los asentamientos aislados. El Alto Comisionado árabe encabezado por Yamal Husseini declaró la huelga general en todos los asentamientos árabes y envió a la multitud a las calles y a las mezquitas, donde los dirigentes religiosos llamaron a la yihad<sup>103</sup> contra los judíos. Cientos de árabes armados salieron dos días después, de la Ciudad Vieja, cantando canciones sanguinarias, gritando versículos del Corán, *Idbaj al yahud*, y disparando ráfagas al aire. La policía inglesa los acompañó por las calles y un blindado británico, según se decía, iba a la cabeza de la multitud, que irrumpió en el centro comercial judío del este de la calle Mamila, saqueó y prendió fuego a todo el barrio. Cuarenta tiendas fueron quemadas. Los policías y soldados británicos pusieron controles al final de la calle Princesa Mary e impidieron a las fuerzas de la Haganá ayudar a los judíos que

---

<sup>103</sup> Guerra santa.

## UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

---

habían quedado atrapados en el centro comercial, confiscaron sus armas y detuvieron a dieciséis de ellos. Al día siguiente, en venganza, los miembros del Etzel quemaron el cine Rex, cuyos propietarios al parecer eran árabes.

Durante la primera semana de revueltas, fueron asesinados unos veinte judíos. Al final de la segunda semana ya habían sido asesinados en todo el país cerca de doscientos judíos y árabes. Desde comienzos de diciembre de 1947 hasta marzo de 1948 la ofensiva corrió a cargo de las fuerzas árabes: los judíos de Jerusalem y de todo el país se vieron obligados a conformarse casi únicamente con una defensa pasiva, ya que los británicos frustraron los intentos de la Haganá de tomar la iniciativa y contraatacar, arrestaron a sus miembros y les confiscaron las armas. Las fuerzas árabes locales, semirregulares, junto a cientos de voluntarios armados de los países árabes vecinos, así como doscientos soldados británicos que se pasaron al bando árabe y decidieron luchar con ellos, bloquearon las carreteras y redujeron la presencia judía a un mosaico fragmentado de asentamientos y grupos de asentamientos asediados a los que sólo con convoyes se podía suministrar alimentos, gasolina y municiones.

Mientras tanto, los británicos seguían teniendo la responsabilidad del gobierno, una autoridad que utilizaban sobre todo para ayudar a los árabes en su guerra y para atar las manos de los judíos; la Jerusalem judía fue aislada progresivamente del resto del país. La única carretera que la unía a Tel Aviv fue bloqueada por fuerzas árabes, y sólo de vez en cuando, y con un gran costo de vidas, algunos convoyes de alimentos y provisiones conseguían abrirse paso desde la llanura costera hasta Jerusalem. A finales de diciembre de 1947 las zonas judías de la ciudad estaban ya de hecho bajo asedio. Fuerzas regulares iraquíes, a quienes la autoridad británica permitió tomar el control de las bombas de aguade Rosh Haayin, dinamitaron los sistemas de bombeo, y la Jerusalem judía se quedó sin agua, a excepción de la que contenían los pozos y las cisternas. Barrios judíos aislados como el de intramuros de la Ciudad Vieja, Yemín Moshé, Mekor Hayyim y Ramat Rahel se encontraban en un asedio dentro de otro asedio, debido a su aislamiento total del resto de la ciudad. «Una comisión de emergencia» nombrada por la Agencia Judía se encargaba de racionar los alimentos y de coordinar los camiones cisterna que pasaban por las calles entre bombardeo y bombardeo, cada dos o tres días, repartiendo un balde de agua por persona. El pan, las verduras, el azúcar, la leche, los huevos y el resto de los productos alimenticios estaban bajo un estricto control y se repartían a las familias con cartillas de racionamiento, hasta que también esos



viveres se acabaron y en su lugar recibíamos, a veces, míseras raciones de leche en polvo, biscotes secos de pan tostado y huevo en polvo con un extraño olor. Las medicinas y el material sanitario casi se habían agotado. Los heridos eran operados a veces sin anestesia. El suministro eléctrico se desplomó y, como apenas se podía conseguir kerosene, vivimos durante muchos meses a oscuras. O a la luz de una vela.

Nuestro angosto semisótano se convirtió en una especie de refugio para los inquilinos de las plantas altas, un escondite considerado seguro frente a los bombardeos y los disparos. Todos los cristales se rompieron y se retiraron, y tapamos todas las ventanas con barricadas de bolsas de arena. Una constante oscuridad cavernosa reinó en casa, de noche y de día, desde marzo hasta agosto o septiembre de 1948. En esa densa oscuridad, y en el aire putrefacto que se enmohecía sin salida alguna, nos hacinábamos intermitentemente, tumbados sobre colchones y alfombras, unas veinte o veinticinco personas, vecinos, extraños, conocidos, refugiados de los barrios limítrofes, entre los que se encontraban dos ancianas que se pasaban todo el día sentadas en el suelo del pasillo, aturdidas, y un anciano medio loco, que se creía el profeta Jeremías, se lamentaba sin descanso de la destrucción de Jerusalem y nos prometía a todos cámaras de gas árabes cerca de Ramallah, «donde ya han empezado a asfixiar a dos mil cien judíos al día». Entre ellos estaban también el abuelo Alexander y la abuela Shlomit, y también el hermano mayor del abuelo Alexander, el mismísimo tío Yosef –el profesor Klausner– con su cuñada, la mujer de su hermano, Haya Elitzedek: los dos habían conseguido escapar del barrio de Talpiot justo antes de que fuera asaltado y aislado, y habían encontrado refugio en casa. Estaban tumbados allí, con la ropa y los zapatos puestos, durmiendo y despiertos a ratos, pues por culpa de la oscuridad era difícil distinguir el día de la noche, en el suelo de la cocina, que se consideraba el lugar menos ruidoso de toda la casa (también el señor Agnón, según decían, se había ido de Talpiot con su familia y estaba en casa de unos amigos en Rehavia).

El tío Yosef clamaba y se lamentaba con su fina voz, casi llorosa, por el destino de su biblioteca y de sus valiosos manuscritos, que se habían quedado en Talpiot y quizá nunca volvería a ver. Mientras, el único hijo de Haya Elitzedek, Ariel,



se había alistado y estaba luchando para defender el barrio de Talpiot, y durante mucho tiempo no supimos si estaba vivo o muerto, herido o prisionero<sup>104</sup>.

Los Miodovnik, cuyo hijo Grisha estaba en alguna parte con las fuerzas del Palmaj, escaparon de su casa, en la línea de combate en el barrio de Bet Israel, y también se habían instalado en nuestro piso, junto a varias familias que se hacinaban en la pequeña habitación que antes de la guerra fue la mía. Yo miraba al señor Miodovnik con respeto, con el corazón en un puño, pues supe que ése era el hombre que había escrito el libro verdoso con el que todos estudiábamos en la escuela Tajkemoní: *Matemáticas para niños de tercero*, de Mattatiah Miodovnik. Una mañana, el señor Miodovnik salió a hacer sus cosas y por la tarde no volvió.

Tampoco volvió al día siguiente. Su mujer se dirigió, por tanto, al tanatorio municipal, dio mil vueltas y volvió alegre y feliz porque su marido no estaba entre los muertos.

Dado que el señor Miodovnik no volvió tampoco al día siguiente, mi padre empezó a bromear como de costumbre, a remover cielo y tierra a voz en grito para alejar el silencio y disipar la tristeza: Nuestro querido Mattia, sugirió mi padre, seguro que se ha encontrado con una guapa luchadora con faldita caqui y ahora es su camarada de armas (y en ese punto mi padre se puso a prueba con un pequeño juego de palabras basado en la similitud que en hebreo tienen las palabras «beso» y «arma»).

Pero después de bromear en vano durante cerca de un cuarto de hora, mi padre se puso serio de repente, se levantó y fue también al tanatorio municipal, y allí, por los calcetines, los calcetines que él mismo le había prestado un día antes a Mattatiah Miodovnik, pudo identificar el cadáver destrozado por una granada, un cuerpo ante el cual había pasado sin duda la señora Miodovnik sin reconocerlo, pues no tenía rostro.

Mi madre, mi padre y yo dormíamos, durante los meses del asedio, en un colchón al final del pasillo, y sin cesar saltaban por encima de nosotros largas

---

<sup>104</sup> N. del A.: Sus experiencias en la guerra de la Independencia de Jerusalem las escribió Ariel Elitzedek, primo de mi padre, en su libro *Espada sedienta*, Ajiasaf, Jerusalem 1950.

## UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

---

caravanas de gente que necesitaba ir al baño. El servicioapestaba hasta la desesperación porque no había agua para echar en el inodoro y porque la ventanita estaba tapada con bolsas de arena. A cada rato, con la caída de las bombas, temblaba toda la montaña y con ella se estremecían los edificios de piedra. Me despertaba con gritos que helaban la sangre, cada vez que uno de los que estaban durmiendo en algún colchón de la casa tenía una pesadilla.

El 1 de febrero explotó un coche bomba junto a la redacción del periódico judío en lengua inglesa *Palestine Post*. El edificio fue completamente destruido y las sospechas recayeron sobre los policías británicos que colaboraban en la ofensiva árabe. El 10 de febrero, las milicias defensivas de Yemín Moshé consiguieron rechazar un fuerte ataque de las tropas árabes semirregulares. El domingo 22 de febrero, diez minutos después de las seis de la mañana, una organización que se autodenominaba Fuerzas Fascistas Británicas hizo que explotaran tres camiones llenos de dinamita en la calle Ben Yehuda, en el corazón de la Jerusalem judía. Edificios de seis plantas fueron reducidos a polvo y una parte importante de la calle se convirtió en escombros. Cincuenta y dos inquilinos judíos murieron dentro de sus casas y unos ciento cincuenta resultaron heridos.

Ese mismo día mi miope padre fue a la jefatura de la guardia nacional, que estaba en una callejuela junto a la calle Sofonías: quería alistarse. Tuvo que reconocer que su experiencia militar no era otra que la redacción de algunos panfletos ilegales en lengua inglesa para el Etzel («¡Abajo la pérfida Albión! ¡Fuera la opresión nazi británica!», y cosas por el estilo).

El 11 de marzo, el ya familiar coche del cónsul americano en Jerusalem, conducido por un chofer árabe del consulado, entró en el patio de la sede de la Agencia Judía, el corazón de las instituciones judías en Jerusalem y en todo el país. Una parte del edificio saltó por los aires y hubo decenas de muertos y heridos. La tercera semana del mes de marzo fracasaron todos los intentos de hacer llegar a Jerusalem convoyes de víveres y provisiones desde la llanura costera: el asedio se estrechaba y la ciudad estaba al borde de la hambruna y del peligro de epidemias.

A mediados de diciembre de 1947 ya se habían cerrado los colegios de nuestros barrios. Nosotros, los niños de tercero y cuarto del Tajkemoní y del Colegio para los Hijos de los Trabajadores, fuimos reunidos una mañana en una casa vacía

de la calle Malaquías. Un chico bronceado y desaliñado que fumaba Matusian y que se identificó sólo por su apodo, Garibaldi, nos habló durante unos veinte minutos con absoluta seriedad, con una sequedad práctica que sólo habíamos visto hasta el momento en las conversaciones de los adultos. Garibaldi nos ordenó desplegar nos por todos los patios y almacenes y reunir bolsas vacías («después los llenaremos de arena») y botellas vacías («hay quien sabe llenarlas con cócteles que resultarán muy ricos al paladar del enemigo»).

También nos enseñaron a recoger, en los descampados y en los patios traseros abandonados, una especie de hierba silvestre llamada malva, pero que todos nosotros conocíamos por su nombre árabe, *jubeza*: la *jubeza* palió en parte el temor del hambre en Jerusalem. Las madres hervían o freían la hierba y hacían con ella todo tipo de albóndigas o purés del color de las espinacas y cuyo sabor era mucho más estremecedor que el de las espinacas. También se establecieron entre nosotros turnos de vigilancia: cada hora, dos de nosotros debíamos observar desde un determinado tejado de la calle Abdías, el interior del campo militar británico Scheneller y, cada cierto tiempo, ir corriendo al cuartel general de la calle Malaquías y contarle a Garibaldi, o a uno de sus ayudantes, lo que hacían esos Tommies y si se veían ya los primeros preparativos para la marcha.

A los niños mayores que nosotros, los de quinto y sexto, Garibaldi les enseñó a llevar mensajes de un puesto a otro de la Haganá, al final de la calle Sofonías y por los alrededores del barrio de los bújaros. Por su parte, mi madre me rogó «que demostrara una auténtica madurez y acabara con todos esos juegos», pero yo no podía obedecerla. Me distinguía, sobre todo, en el terreno de las botellas vacías: en una semana conseguí reunir ciento cuarenta y seis botellas y llevarlas en cajas y bolsas al cuartel general. El propio Garibaldi me dio una palmada en la nuca y me lanzó de reojo una intensa mirada. Voy a escribir exactamente las palabras que me dijo mientras se rascaba el vello del pecho a través de la camisa abierta: «Muy bien. Tal vez alguna vez oigamos hablar de ti». Palabra por palabra. Cincuenta y tres años han pasado desde entonces y no lo he olvidado.

## CAPÍTULO 47

Al cabo de muchos años descubrí que una mujer que conocía desde niño, la señora Abramsky, Tzarta, la mujer de Yacob David Abramsky (los dos eran amigos de mi familia), por aquellos días escribía un diario. Recuerdo vagamente que también mi madre se sentaba a veces en el suelo en un rincón del pasillo durante los bombardeos, con un cuaderno abierto sobre un libro cerrado encima de las rodillas, y escribía, olvidándose de la explosión de las bombas de los cañones y los morteros y de las ráfagas de las ametralladoras, abstrayéndose de la confusión generada por los veinte refugiados que se hacinaban y discutían todo el día dentro de nuestro oscuro y pestilente submarino; escribía en su cuaderno, indiferente al parloteo apocalíptico del profeta Jeremías, a los lamentos del tío Yosef y al llanto penetrante e infantil de una anciana cuya hija muda le cambiaba, en presencia de todos, los pañales mojados. Lo que escribía mi madre por aquellos días no lo sabré nunca: ninguno de sus cuadernos ha llegado a mis manos. Quizás los quemó todos antes de suicidarse. Ni una página completa escrita de su puño y letra me ha quedado.

En el diario de Tzarta Abramsky encuentro escrito, entre otras cosas:

24.2.1948

Estoy cansada... Estoy cansada... Un almacén de objetos de los muertos y heridos...Casi nadie viene a recoger estas cosas: nadie vendrá a recogerlas. Sus dueños están muertos o yacen heridos en el lecho de dolor de los hospitales. Ha llegado uno que ha sido herido en la cabeza y en el brazo, pero sobre todo en su capacidad de caminar. Su mujer ha sido asesinada. Él ha encontrado sus vestidos, sus fotos y algunas telas... Y esos objetos adquiridos con amor y gran alegría de vivir están aquí, en el sótano... Y ha entrado un chico, G., a buscar sus cosas. Perdió a su padre, a su madre, a sus dos hermanos y a su hermana en la explosión de la calle Ben Yehuda. Él se salvó porque no durmió esa noche encasa, pues estaba de guardia... Por cierto: no le interesaban los objetos sino las fotografías. Entre los cientos de fotografías... que han quedado a salvo de la destrucción, pretendía descubrir algunas fotos familiares...

14.4.1948

Esta mañana han comunicado... que con el cupón de la cartilla del kerosene (la cartilla del cabeza de familia) darían, en determinadas tiendas, un cuarto de pollo por familia. Algunos vecinos me pidieron que les llevara también su ración, si me iba a poner en la cola, pues ellos trabajaban y no podían esperar. Yoni, mi hijo, corrió a reservarme sitio en la cola antes de ir al colegio, aunque le dije que yo misma iría. Mandé a Yair a la guardería y fui a Gueulá, donde estaba la tienda. Llegué a las ocho menos cuarto y me encontré con una cola de unas seiscientas personas.

Decían: muchos han venido a las tres o las cuatro de la madrugada, pues antes del amanecer ya se había corrido la voz del reparto de carne de pollo. No tenía ningunas ganas de quedarme parada en la cola, pero le había prometido a mis vecinos llevarles su ración, y me resultaba violento llegar a casa sin nada. Decidí «pararme» como todos los «parados».

Y mientras estaba parada en la cola supe que el «rumor» que desde ayer invadía Jerusalem se había confirmado: cien judíos fueron quemados ayer junto a Sheij Jarrah, estaban en un convoy que iba al hospital Hadassah y a la universidad. Cien personas. Y entre ellos grandes científicos, médicos y enfermeras, obreros y estudiantes, empleados y enfermos.

Resulta difícil creer algo así. En Jerusalem hay muchos judíos, y no han conseguido salvar a esas cien personas de la muerte, y todo a un kilómetro... Decían: los ingleses no permitieron que se los salvara. ¿Para qué este cuarto de pollo si ante tus ojos ocurren catástrofes como éstas? Sin embargo la gente se empeñaba en seguir haciendo cola. Y todo el tiempo se oía lo mismo: «Los niños han adelgazado... Hace varios meses que no prueban la carne... no hay leche, no hay verduras...». Es duro estar seis horas en la cola, pero vale la pena: los niños tendrán sopa... Lo que ha pasado en Sheij Jarrah es terrible, pero quién sabe lo que nos espera en Jerusalem... El muerto, muerto está, y la vida continúa... La cola iba avanzando. Los «felices» se iban a casa apretando contra el pecho el cuarto de pollo para la familia... Al fondo se veía un entierro... A las dos de la tarde, yo también recibí lo mío y lo de mis vecinos y me fui a casa<sup>105</sup>.

---

<sup>105</sup> N. del A.: Tzarta Abramsky, «Del diario de una mujer durante el asedio de Jerusalem en 1948» (1948), incluido en el libro *Cartas de Jacob David Abramsky*, reedición y notas de Shula Abramsky, Sifrial Poalim, Tel Aviv 1991, págs. 288-289.

## UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

---

Mi padre iba a ser enviado al Har Hatzofim asediado en ese mismo convoy, el día 13 de abril de 1948, el convoy en el que fueron asesinados y quemados vivos setenta y siete médicos y enfermeras, profesores y estudiantes: la guardia nacional, y quizás también sus superiores de la Biblioteca Nacional, encargaron a mi padre que clausurase determinados sectores de los sótanos y de los fondos de la biblioteca, pues la zona estaba aislada del resto de los barrios de la ciudad. Pero, la tarde anterior, la fiebre le subió a cuarenta grados y el médico le prohibió tajantemente levantarse de la cama (era miope y débil, y cada vez que le subía la fiebre su vista se nublaba casi hasta la ceguera y perdía el equilibrio).

Cuatro días después de que los miembros del Etzel y el Leji ocuparan el pueblo árabe de Deir Yassin, en Jerusalem Oeste, y asesinaran a muchos de sus habitantes, árabes armados atacaron el convoy que, a las ocho y media de la mañana, cruzaba Sheij Jarrah de camino a Har Hatzofim. El propio ministro británico responsable de las colonias judías, Arthur Kritz Jones, había prometido personalmente a los representantes de la Agencia Judía que, mientras su ejército permaneciera en Jerusalem, las fuerzas británicas garantizarían el paso regular del convoy con el personal de relevo del hospital y la universidad (el hospital Hadassah no sólo servía a la población judía sino a todos los habitantes de Jerusalem).

El convoy estaba formado por dos ambulancias, tres autobuses con las ventanas blindadas con planchas metálicas por miedo a los disparos de los francotiradores, varios camiones llenos de provisiones y material sanitario, y dos coches pequeños. Al llegar al barrio de Sheij Jarrah, un oficial de policía británico le había indicado al convoy, como de costumbre, que el camino estaba libre y era seguro. En el corazón del barrio árabe, casi a los pies de la villa del gran muftí Haj Amin, el dirigente pronazi en el exilio de los árabes de Palestina, a unos ciento cincuenta metros de la villa Silvani, el primer vehículo impactó con una mina. Al instante cayó sobre el convoy una granizada de disparos de ambos lados de la calle, granadas de mano y cócteles molotov. El fuego duró toda la mañana.

El ataque se produjo a menos de doscientos metros del puesto de guardia británico, cuya función era asegurar el camino al hospital. Durante horas estuvieron los soldados británicos mirando el ataque sin mover un dedo (¿el ustaz Nayib y su familia salieron a mirar la masacre? ¿O se dieron la vuelta en sus sillas de madera tapizada del porche principal? ¿O del emparrado? ¿Mientras se tomaban un vaso de limonada tan fría que escarchaba los vasos?). A las 9.45 pasó por allí en su coche, sin



detenerse ni un momento, el general Gordon H. A. Macmillan, comandante en jefe de las fuerzas británicas en Eretz Israel (después, el general Gordon sostuvo con absoluta desfachatez que le pareció que el ataque había terminado).

A la una del mediodía, y luego al cabo de una hora más o menos, pasaron por el lugar sin detenerse algunos vehículos militares británicos. Cuando, en nombre de la Agencia Judía, un oficial de comunicaciones se dirigió al cuartel general británico y pidió permiso para enviar fuerzas de la Haganá para poner a salvo a los heridos y a las personas que estaban agonizando, le dijeron que «el ejército tiene el control de la situación» y que el cuartel general prohibía intervenir a la Haganá. A pesar de todo, las unidades de rescate de la Haganá intentaron ir en ayuda del convoy atrapado, tanto desde la ciudad como desde el sitiado Har Hatzofim. Se les impidió acercarse al lugar. A las 13.45 del mediodía, el rector de la Universidad Judía, el catedrático Yehuda Leib Magnes, telefoneó al general Macmillan pidiendo auxilio. La respuesta fue que «el ejército está intentando llegar al lugar, pero se ha iniciado una dura batalla».

No había ninguna batalla. A las 15.00, dos autobuses fueron tiroteados y casi todos los pasajeros, de los cuales la mayoría eran heridos o agonizantes, fueron quemados vivos.

Entre los setenta y siete muertos se encontraban el director del hospital Hadassah, el profesor Hayyim Yasky, los profesores Leonid Dolginsky y Moshé Ben David, miembros fundadores de la facultad de Medicina de Jerusalem, el físico Gunther Wolfsohn, el profesor Enzo Bonaventura, director del departamento de Psicología, el experto en derecho judío Aaron Hayyim Freimann y el filólogo Benjamin Clar.

Después, el Alto Comisionado árabe ofreció un comunicado oficial donde describía la masacre como un acto heroico realizado «bajo las órdenes de un oficial iraquí». El comunicado criticaba a los británicos por su intervención de última hora, y afirmaba: «Si el ejército británico no hubiera intervenido, no habría quedado vivo ni uno solo de los pasajeros del convoy»<sup>106</sup>. Sólo por una serie de coincidencias, por la elevada fiebre y tal vez porque mi madre sabía contener a veces su fervor patriótico, mi padre no ardió también con el resto de los que ardieron en aquel convoy.

---

<sup>106</sup> N. del A.: Véase Dov Yosef, *Una ciudad fiel*, Schocken, Jerusalem y Tel Aviv 1960, págs. 81-82.

Poco después de la masacre del convoy de Har Hatzofim, las fuerzas de la Haganá se lanzaron por primera vez a realizar grandes ataques por todo el país, amenazando con usar las armas también contra el ejército británico, que se disponía a abandonar la zona, si se atrevían a intervenir. La carretera que conducía desde la llanura costera a Jerusalem fue abierta tras una fuerte ofensiva, volvió a cerrarse y volvió a abrirse de nuevo, y se reanudó el asedio sobre la Jerusalem judía con la invasión de los ejércitos regulares árabes. Durante el mes de abril y hasta mediados de mayo cayeron en manos de las fuerzas de la Haganá algunas ciudades árabes y otras con población mixta, Haifa y Yafo, Tiberiades y Safed, así como decenas de pueblos árabes del norte y del sur. Cientos de miles de árabes perdieron sus casas durante esas semanas y se convirtieron en refugiados hasta el día de hoy. Muchos de ellos huyeron. Muchos de ellos fueron expulsados por la fuerza.

En la asediada Jerusalem, quizás a nadie, por aquellos días, le importaba el amargo destino de los refugiados palestinos: el barrio judío de la Ciudad Vieja, donde los judíos llevaban viviendo miles de años de forma ininterrumpida (a excepción de un intervalo, en el siglo XII, después de que todos fueran asesinados o expulsados por los cruzados), cayó en manos de las fuerzas de la Legión Árabe de Transjordania, todos sus edificios fueron saqueados y destruidos, y todos sus habitantes expulsados o hechos prisioneros. Los asentamientos de Gush Etzion cayeron y también fueron borrados del mapa, y sus habitantes judíos fueron asesinados o hechos prisioneros. Atarot y Neve Yaakov, Qaliah y Bet Haarava fueron vaciados y destruidos por los árabes. Los cien mil habitantes de la Jerusalem judía temían que les esperase algo parecido. Cuando la emisora de radio La Voz del Defensor anunció la huida de los habitantes árabes de Talbia y Katamón, no recuerdo que me compadeciera de Aisha y de su hermano. Sólo amplí un poco, junto con mi padre, nuestras fronteras de fósforos sobre el mapa de Jerusalem: los meses de bombardeos, hambre y miedo habían endurecido mi corazón. ¿Adónde iría Aisha? ¿Y su hermano pequeño? ¿A Nablus? ¿A Damasco? ¿A Londres? ¿O al campo de refugiados de Dehesha? Hoy, si aún sigue viva, Aisha será una mujer de unos sesenta y cinco años. Y su hermano pequeño, a quien tal vez machaqué el pie, también tendrá pronto sesenta años. A lo mejor ahora podría intentar encontrarlos. Podría informarme de la suerte que han corrido todos los miembros de la familia Silvani, en Londres, en Sudamérica, en Australia.

Pero, supongamos que encontrase en algún lugar del mundo a Aisha. O a aquel que en otro tiempo fue el pequeño y dulce Damenotengo: ¿cómo me presentaría? ¿Qué diría? ¿Qué podría explicar? ¿Qué proponer?

¿Recordarían? Y si así fuera, ¿qué recordarían? ¿O el terror que les tocó vivir les habría hecho olvidar al loco fanfarrón de los árboles?

Lo cierto es que no fue sólo culpa mía. No del todo. Yo sólo hablaba, hablaba y hablaba. Aisha también fue culpable. Fue Aisha quien me dijo: Veamos cómo trepas. Si no me hubiese provocado así, yo no habría trepado de repente al árbol, y su hermano...

Perdido. No hay vuelta atrás.

En el cuartel de la guardia nacional, que estaba en la calle Sofonías, le entregaron a mi padre un viejo fusil y le encargaron la vigilancia nocturna de las calles del barrio de Kerem Abraham. Era un fusil negro y pesado, con una culata desgastada llena de inscripciones, iniciales y palabras extranjeras que mi padre persistió en intentar descifrar antes de estudiar el propio fusil: podía ser un fusil italiano de la Primera Guerra Mundial o una anticuada carabina americana. Mi padre tocó aquí y allá, hurgó, tiró y empujó sin éxito, dejó el fusil a su lado en el suelo y empezó a inspeccionar la recámara. Ahí tuvo enseguida un éxito fulminante: consiguió sacar las balas de la recámara, tomó con la mano izquierda un puñado de ellas y en la derecha la recámara vacía, las agitó dirigiéndolas hacia mi pequeña figura, hacia la puerta, se mostró exultante y bromeó sobre la torpeza de los mariscales de Napoleón Bonaparte.

Pero cuando intentó volver a poner las balas en la recámara, su victoria se convirtió en una absoluta derrota: las balas que habían respirado el aire libre se negaban tajantemente a volver a comprimirse en la celda. No sirvieron de nada las artimañas ni los trucos de mi padre. Las intentó meter del derecho y del revés, lo intentó con delicadeza y con toda la fuerza de sus delicados dedos de erudito, intentó también volverlas a introducir en la recámara de forma alterna, la primera bala apuntando hacia fuera, la segunda hacia dentro y la tercera de nuevo hacia fuera, todo en vano.

Pero mi padre no blasfemó ni increpó; lo que hizo fue intentar contentar tanto a las balas como a la propia recámara con una cita llena de pathos de unos célebres versos de la poesía nacional polaca, con estrofas de Ovidio, con una melódica mención de Pushkin o Lermontov, recitando poemas amorosos completos de los poetas hebreos medievales de Sefarad, todo en su lengua original, todo con acento ruso, todo sin ningún éxito. Finalmente, malhumorado, declamó de memoria contra la recámara y las balas fragmentos de poesía homérica en griego clásico y versos del Poema de los Nibelungos en alemán, Chaucer en inglés, y quizás también algún pasaje de los Cantos de Kalevala, en la traducción de Saúl Tchernijovsky, y del Utnapishtim («Enuma Elish...») y mucho más, en todos los idiomas, lenguas y dialectos. Todo en vano.

Por tanto, afligido y abatido, mi padre se dirigió al cuartel general de la guardia nacional, en la calle Sofonías, con el pesado fusil en una mano y en la otra las balas, más apreciadas que el oro, dentro de una bolsa de tela bordada, que originalmente servía para llevar bocadillos, y en el bolsillo, y menos mal que no se le olvidó allí, la recámara vacía.

En el cuartel general se apiadaron de él, le enseñaron en un momento lo fácil que era introducir las balas en la recámara, pero no le volvieron a dar el arma ni la munición. Ni ese día y en los días siguientes. Jamás. En vez de eso, le dieron una linterna eléctrica, un silbato y un brazalet donde decía «Guardia nacional». Por tanto, mi padre volvió a casa desbordante de júbilo, me explicó el significado de «Guardia nacional», encendió repetidamente la linterna, probó una y otra vez el silbato, hasta que mi madre le tocó suavemente el hombro y le dijo: Ya basta, Arie, por favor.

La medianoche entre el viernes 14 de mayo de 1948 y el sábado 15 de mayo, al terminar los treinta años del Mandato Británico, se fundó el Estado cuyo nacimiento había anunciado David Ben Gurión, en Tel Aviv, unas horas antes. Después de un paréntesis de unos mil novecientos años, dijo el tío Yosef, se ha vuelto a desplegar aquí un gobierno judío.

Pero a las doce y un minuto, sin declaración de guerra, penetraron en el país columnas de infantería, artillería y blindados de ejércitos árabes: Egipto desde el sur, Transjordania e Iraq desde el este, Líbano y Siria desde el norte. El sábado por la

mañana, los cañones egipcios bombardearon Tel Aviv. La Legión Árabe, el ejército medio británico del Reino de Transjordania, así como las fuerzas iraquíes regulares y bandas armadas de voluntarios musulmanes llegados de varios países, todos habían sido invitados por la autoridad inglesa a ocupar puntos estratégicos por todo el país muchas semanas antes del fin formal del Mandato Británico.

El cerco se estrechaba a nuestro alrededor: la Legión de Transjordania conquistó la Ciudad Vieja, bloqueó con un importante número de fuerzas la carretera a Tel Aviv y la llanura costera, tomó el control de los barrios árabes, colocó puestos de artillería en las montañas que rodean Jerusalem e inició bombardeos masivos destinados a causar un gran número de bajas entre la población civil débil y hambrienta, destruir la moral y provocar la rendición: el rey Abdallah, un protegido de Londres, ya se veía como rey de Jerusalem. En los terraplenes, los cañones de la Legión estaban bajo el mando de oficiales de artillería británicos.

Al mismo tiempo, llegaron unidades del ejército egipcio hasta los arrabales del sur de Jerusalem y atacaron el kibutz Ramat Rahel, que pasó dos veces de mano en mano. Aviones egipcios bombardearon Jerusalem con bombas incendiarias y arrasaron, entre otras cosas, la residencia de ancianos del barrio de Romema, no muy lejos de nuestra casa. Los cañones egipcios se unieron a los de Transjordania en el bombardeo de la población civil: desde la colina contigua al monasterio Mar Elías, los egipcios arrojaron sobre Jerusalem obuses de 4.2 pulgadas. Los obuses caían sobre los barrios judíos a un ritmo de uno cada dos minutos, mientras el fuego incesante de las ametralladoras vagaba por las calles de la ciudad. Grete Ghat, la niñera pianista que olía siempre a lana húmeda y a detergente, la tía Grete, que me arrastraba con ella a las tiendas de ropa y a quien mi padre dedicaba versos estúpidos («Debo jurar/ que no es ninguna treta/ querer con Greta/ coquetear...»), salió una mañana al balcón a tender la ropa. Una bala de un francotirador jordano, eso se decía, le entró por el oído y le salió por el ojo. Tzipora Yanai, Piri, la tímida amiga de mi madre, que vivía en la calle Sofonías, bajó un momento al patio para tomar una bayeta y un balde y murió allí mismo a causa del impacto directo de un proyectil.

Y yo tenía una pequeña tortuga. Durante la fiesta de Pésaj de 1947, cerca de medio año antes de la guerra, mi padre participó en una excursión del personal de la Universidad Judía a los yacimientos arqueológicos de la ciudad de Gerasa en

Transjordania: se fue por la mañana temprano y se llevó una bolsa de bocadillos y una auténtica cantimplora militar, que se colgó con orgullo del cinturón. Esa misma tarde, volvió cargado de las excitantes experiencias de la excursión y las maravillas del anfiteatro romano, y a mí me trajo de regalo una pequeña tortuga que había encontrado allí, «a los pies de un asombroso arco de piedra romano».

Aunque no tenía sentido del humor y tal vez tampoco tenía una idea clara de lo que era eso, a mi padre le gustaban mucho los pasatiempos, las bromas, los calambures, las sátiras, los chistes, los juegos de palabras y la paronomasia, y cuando sus chistes conseguían provocar alguna sonrisa, al instante su cara brillaba de modesto orgullo. Y así ocurrió que mi padre decidió ponerle a la pequeña tortuga que me había traído de regalo el sarcástico nombre de Abdallah Gershon, en honor al rey de Transjordania y a la histórica ciudad de Gerasa. Ante todos los que venían a casa, mi padre proclamaba con solemnidad los dos nombres de la tortuga, como un pregonero anunciando la entrada de un duque o un embajador, y, como le sorprendía que nadie se desternillara de risa, creía necesario explicarla broma: tal vez esperaba que quien no había disfrutado antes de la explicación se riese después a carcajadas. A veces, llevado por el entusiasmo o por despiste, repetía toda la historia a algunos invitados que ya la habían oído al menos dos veces, que ya sabían perfectamente por qué la tortuga se llamaba Abdallah y Gershon y dónde se escondía el dardo.

Pero yo quería mucho a esa pequeña tortuga que se había acostumbrado a arrastrarse cada mañana hacia mi escondite debajo del granado, y a comer con voracidad hojas de lechuga y cáscaras de pepino directamente de mi mano, sin asustarse de mí ni esconder la cabeza en su caparazón, y mientras devoraba a dos carrillos, hacía un movimiento muy gracioso con la cabeza, como asintiendo con energía a todo lo que dijeras. Se parecía a un profesor calvo de Rehavia que también solía asentir enérgicamente hasta que acababas de hablar, y entonces, por lo general, la afirmación se convertía en burla y, mientras seguía asintiendo con determinación, el profesor hacía pedazos tus opiniones.

Con un dedo acariciaba la cabeza de mi tortuga mientras comía, sorprendido de lo semejantes que eran los dos orificios de las narices y los dos de los oídos. Sólo para mis adentros, y sólo a espaldas de mi padre, no la llamaba Abdallah Gershon: la llamaba Mimi. En secreto.



Durante los días de los bombardeos ya no había pepinos ni hojas de lechuga y tampoco me dejaban salir al patio, pero a veces abría la puerta y le arrojaba a Mimi restos de comida. A veces la veía de lejos y a veces desaparecía de mi vista durante varios días.

El día que mataron a Grete Ghat y a Piri Yanai, la amiga de mi madre, mataron también a mi tortuga Mimi: un fragmento de proyectil cayó en nuestro patio y la partió en dos. Cuando le pedí a mi padre, con lágrimas en los ojos, que al menos me dejase cavar una tumba debajo del granado, enterrarla allí y hacerle una lápida para recordarla, mi padre me explicó con honestidad que no podía hacer eso, sobre todo por motivos higiénicos. Él mismo, eso me dijo, había retirado ya lo que había quedado de ella. No quiso decirme bajo ningún concepto qué había hecho con ella, pero en esa ocasión le pareció conveniente explicarme el significado de la palabra «ironía»: Por ejemplo, en el caso de nuestra Abdallah Gershon, una emigrante del Reino de Transjordania, el fragmento que ha acabado con su vida era parte precisamente de un proyectil lanzado, con evidente ironía, por los cañones del rey Abdallah de Transjordania.

Esa noche no conseguí dormir. Me tumbé boca arriba en el colchón al final del pasillo, rodeado de ronquidos, murmullos y gemidos discontinuos de ancianos, un coro de sueños perturbados de unos veinte desconocidos que dormían en el suelo por toda la casa, cuyas ventanas estaban tapadas con sacos de arena. Me tumbé, sudoroso, en medio de mi madre y mi padre, y en la trémula oscuridad (sólo había una vela vacilante encendida en el baño), en el aire enmohecido, de pronto me pareció ver la imagen de una tortuga, no Mimi, no mi pequeña tortuga, a quien me gustaba acariciar la cabeza con un dedo (¡Un gato o un cachorro es impensable! ¡No hay más que hablar! ¡Olvídalo!), era una tortuga terrorífica, una tortuga monstruosa y gigantesca, repugnante, ensangrentada, con un amasijo de huesos, se deslizaba sobre sus cuatro extremidades con garras afiladas y sonreía con sarcasmo sobre los que estaban durmiendo en el pasillo. Su cara era espantosa, estaba aplastada y destrozada por una bala que le había entrado por el ojo y le había salido por un lugar donde también las tortugas tienen una especie de pequeño oído, sin pabellón.

Puede que intentara despertar a mi padre. Mi padre no se despertó: estaba durmiendo boca arriba sin moverse y con una respiración profunda y rítmica, como

un niño satisfecho. Pero mi madre acercó mi cabeza a su regazo. Como todos, también ella dormía vestida en la época del asedio y los botones de su camisa me hacían un poco de daño en la mejilla. Me abrazó con fuerza, pero en vez de intentar compadecerme sollozó conmigo, con un llanto ahogado para que no nos oyeran, mientras sus labios susurraban sin cesar: Peri, Peroshka, Periii. Y yo sólo le acaricié el cabello, le acaricié las mejillas y la besé, como si yo fuera el adulto y ella mi hija, y le susurré basta mamá basta mamá basta basta estoy aquí a tu lado.

Y después seguimos susurrando un rato más, ella y yo. Con lágrimas. Y luego, cuando se apagó también la débil vela que iluminaba el pasillo y sólo los silbidos de los proyectiles herían la oscuridad y al caer hacían temblar la montaña que estaba detrás de nuestra pared, luego, en vez de mi cabeza en su pecho, mi madre puso su cabeza empapada en lágrimas sobre el mío. Esa noche, por primera vez, comprendí que también yo moriría. Que todos morimos. Y nada en el mundo, ni siquiera mi madre, podría salvarme. Y yo no la salvaría: Mimi tenía un caparazón y, a la menor señal de peligro, se metía toda entera, brazos, piernas y cabeza, en lo más profundo de su caparazón. Que no la salvó.

En septiembre, durante un alto el fuego en Jerusalem, un sábado por la mañana, vinieron a vernos el abuelo y la abuela, los Abramsky y quizás otros conocidos, tomaron el té en el patio, hablaron de las victorias de nuestro ejército en el Néguev y del terrible peligro que implicaba el plan de paz del mediador de la ONU, el conde sueco Bernadotte, un complot tras el cual, sin duda alguna, se escondían los británicos y cuya finalidad era destruir por completo nuestro joven Estado. Alguien trajo de Tel Aviv una nueva moneda, demasiado grande, muy fea, pero era la primera moneda judía que veíamos, y pasó de mano en mano con gran emoción: veinticinco céntimos, con el dibujo de un racimo de uvas del que mi padre dijo que era un motivo tomado directamente de una moneda israelita de la época del Segundo Templo; sobre el racimo de uvas estaba inscrito, en caracteres hebreos claros y precisos: Israel. Para mayor seguridad, el nombre de Israel aparecía no sólo en hebreo, sino también en inglés y en árabe: para que se viera y se comprendiera bien.

La señora Tzarta Abramsky dijo:

–Si nuestros padres, que en paz descansen, los padres de nuestros padres y todas las generaciones pudiesen ver y tocar esta moneda. Dinero judío...

Y se le hizo un nudo en la garganta.

El señor Abramsky dijo:

–Hay que bendecirla. Bendito seas Señor, Dios nuestro, rey del universo, que nos has mantenido con vida, nos has sustentado y nos has permitido llegar hasta aquí.

El abuelo Alexander, mi elegante abuelo, mi abuelo amante de los placeres y de las mujeres, no dijo nada, sólo se acercó aquella moneda de níquel demasiado grande a los labios, la besó dos veces con delicadeza y con los ojos desorbitados, y después se la pasó a los demás. En ese momento, el lamento de una ambulancia que se dirigía rápidamente hacia la calle Sofonías estremeció el aire y, al cabo de diez minutos, el gemido de la sirena de la ambulancia volvió en dirección contraria, y puede que mi padre encontrase en ello un pretexto para hacer un chiste malo sobre el shofar del Mesías o algo por el estilo. Siguieron charlando y tal vez se tomaron otro vaso de té hasta que, al cabo de una media hora, los Abramsky se despidieron con sus mejores deseos; el señor Abramsky, aficionado a la poesía, nos regaló al irse dos o tres versos sublimes. Cuando ya estaban en la puerta, un vecino los llamó amablemente desde un rincón del patio, y se dirigieron tan deprisa hacia él que la tía Tzarta se olvidó el bolso en casa. Al cabo de un cuarto de hora vinieron los Lemberg, consternados, a contarnos que Yonatán Abramsky, Yoni, de doce años, mientras sus padres estaban con nosotros, jugaba en el patio de la calle Nehemías cuando un francotirador jordano, apostado en la academia de policía, lo alcanzó con una bala en mitad de la frente: el niño estuvo agonizando unos cinco minutos, vomitando, y cuando llegó la ambulancia ya había fallecido.

En el diario de Tzarta Abramsky decía:

23.9.48

El 18 de septiembre, a las diez y cuarto de la mañana del sábado, murió mi Yoni, mi hijo Yoni, toda mi vida... Un francotirador árabe lo alcanzó, a mi ángel, sólo dijo «mamá», consiguió correr unos metros (él, mi maravilloso y puro hijo, estaba al lado de casa) y cayó... No escuché su última palabra y no contesté a su voz

que me llamaba. Cuando llegué, mi tesoro, mi cielo ya no estaba con vida. Lo vi en el depósito. Él, tan maravillosamente bello, parecía dormido. Lo abracé y lo besé. Bajo su cabeza pusieron una piedra. La piedra se movió, y su cabeza, una cabeza de querubín, se movió un poco. Mi corazón me dijo: no está muerto, hijo mío. Se está moviendo... Sus ojos estaban medio cerrados. Y después llegaron «ellos», los trabajadores del tanatorio, y empezaron a importunarme, a regañarme con rudeza y a molestarme: no tenía permiso para abrazarlo y besarlo... Me fui.

Al cabo de unas horas volví. Ya había empezado el «toque de queda» (estaban buscando a los asesinos de Bernadotte). A cada paso me paraba la policía... y me pedían el permiso para estar en la calle durante el toque de queda. Él, mi hijo asesinado, era mi único permiso. Los policías me dejaron entrar en el tanatorio. Llevé una almohada. Quité la piedra y la dejé a un lado: no podía ver su maravillosa y delicada cabeza sobre una piedra. Entonces volvieron «ellos» y empezaron otra vez a echarme. Dijeron que no me atreviera a tocarlo. No obedecí. Seguí abrazándolo y besándolo, a mi tesoro. Me amenazaron con cerrar la puerta con llave y dejarme con él, con el fundamento de toda mi vida. Era lo único que quería (que se fueran y me encerrasen con él). Entonces cambiaron de parecer y me amenazaron con llamar a los soldados. No me inmuté... Salí del depósito por segunda vez. Antes de salir lo abracé y lo besé. Al día siguiente por la mañana volví a verlo, a mi hijo... volví a abrazarlo y a besarlo, de nuevo le pedí a Dios venganza, venganza por mi pequeño, y de nuevo me echaron... y cuando volví, mi maravilloso hijo, mi ángel, ya estaba en una caja cerrada, pero recuerdo su rostro, todo, lo recuerdo todo<sup>107</sup>.

---

<sup>107</sup>N. del T.: Tzarta Abramsky, «Del diario de una mujer durante el asedio de Jerusalem en 1948» (1948), incluido en el libro *Cartas de Jacob David Abramsky*, reedición y notas de Shula Abramsky, Sifriat Poalim, Tel Aviv 1991, págs. 310-311.

## CAPÍTULO 47

Dos misioneras de Finlandia vivían en un piso pequeño al final de la calle Haturim, en el barrio de Mekor Baruj: Aili Havas y Rauha Moisio. La tía Aili y la tía Rauha. Incluso cuando la conversación giraba en torno a la escasez de verduras, las dos hablaban un solemne hebreo bíblico, pues no sabían otro: si llamaba a su puerta para pedirles educadamente algunas tablas que no les hiciesen falta y que pudiésemos utilizar para la hoguera de la fiesta de Lag Baomer, la tía Aili decía con una prudente sonrisa, mientras me daba una vieja caja de madera: ¡Resplandor de fuego llameante de noche! Si las invitábamos a tomar un té o a una tertulia mientras yo libraba una batalla contra la cucharada de aceite de hígado de bacalao, la tía Rauha comentaba: ¡Temblarán ante él los peces del mar!

A veces íbamos los tres a visitarlas a su celda monástica, que quizás se parecía a la habitación de un modesto internado femenino del siglo XIX: había dos camas de hierro sencillas, una enfrente de otra, a ambos lados de la mesa cuadrada de madera cubierta por un mantel de algodón azulado y rodeada de tres sillas sin tapizar. En la cabecera de cada una de las dos camas gemelas había una mesita, y en cada mesita una lámpara, un vaso de agua y varios libros religiosos con tapas negras. Dos pares idénticos de zapatillas asomaban por debajo de las camas. En mitad de la mesa había invariablemente un jarrón con un ramo de siemprevivas de los campos cercanos. Una imagen de Jesús crucificado, tallada en madera de olivo, colgaba en el centro de la pared, entre las dos camas. Y a los pies de las camas tenían unos baúles de una madera gruesa y brillante que jamás habíamos visto en Jerusalem; mi madre dijo que era encina y me animó a tocarla con los dedos y a pasarle la mano por encima: mi madre opinaba que no bastaba con saber los distintos nombres de las cosas, sino que era bueno conocerlas oliendo con la nariz, rozando con la punta de la lengua, tocando con la yema de los dedos, que era bueno conocer el calor y la suavidad de las cosas, su olor, su aspereza y su dureza, el sonido que te devuelven cuando las golpeas, todo lo que mi madre solía llamar «aceptación» y «rechazo»: Cada material, decía, cada prenda de vestir, cada mueble, utensilio y alimento, cada objeto tiene distintos grados de aceptación y de rechazo, y esos grados no son fijos sino que pueden cambiar según las estaciones del año, las horas del día (pues hay rechazo y aceptación diurnos, y los hay nocturnos), según quien toque o huela, según la luz y las sombras y también según inclinaciones indeterminadas que no tenemos forma

alguna de comprender: no es casual que en hebreo las cosas inanimadas se nombren con una palabra que significa tanto objeto como deseo: no sólo nosotros tenemos o no deseo de una cosa u otra, también en el mundo mineral y vegetal hay un sentido interior del deseo, de querer o no querer, que no procede de nosotros sino de ellos, y quien sabe tocar, escuchar, degustar y oler sin ansia a veces puede captarlo.

A lo que mi padre comentó como bromeando:

–Nuestra madre supera al propio rey Salomón: de él se dice en los textos rabínicos que conocía el lenguaje de todos los animales y aves, y nuestra madre es experta incluso en el lenguaje de las toallas, las cacerolas y los cepillos.

Y añadió, resplandeciente por su propio sarcasmo:

–Ella hace hablar a los árboles y a las piedras al tocarlos: «toca los montes y humean», como está escrito en los Salmos.

La tía Rauha dijo:

–Como dijo el profeta Joel, «los montes destilarán mosto y las colinas fluirán leche», y como está escrito también en el Salmo 29, «la voz del Señor retuerce las encinas».

Mi padre dijo:

–Pero en boca de alguien que no es poeta, esa forma de hablar puede resultar algo, cómo decirlo, emperifollada. Como si alguien intentase resultar muy profundo a toda costa. Muy místico. Muy alusivo. Como si intentara retorcer encinas. Ahora mismo les explico el significado de esas difíciles palabras, místico y alusivo. Detrás de ellas se oculta un evidente deseo, tal vez no del todo sano, de empañar la realidad, de oscurecer la luz de la razón, de difuminar los contornos y mezclar distintos campos.

Mi madre dijo:

–¿Arie?

Y mi padre, en tono conciliador (pues le agradaba burlarse de ella, pincharla un poco e incluso liberar alguna vez una chispa de malicia, pero mucho más



arrepentirse, disculparse y hacerse el bueno. Exactamente igual que su padre, igual que el abuelo Alexander):

–Está bien, Fanitzka. Ya está. Sólo estaba bromeando un poco.

Durante el asedio de Jerusalem las dos misioneras no abandonaron la ciudad: tenían un fuerte sentido del deber. Era como si el propio Mesías les hubiese encargado animar a los sitiados y ayudar voluntariamente a los heridos en las batallas y los bombardeos que se encontraban en el hospital Shaare Tzedek. Estaban convencidas de que todo cristiano debía intentar expiar con hechos y no con palabras lo que Hitler había hecho a los judíos. La creación del Estado de Israel les parecía fruto de una mano divina (la tía Rauha decía en su lenguaje bíblico y con su acento finés pedregoso, que tendía a acentuar las palabras en la primera sílaba: «Es como la salida del arco iris en la nube después del Diluvio». Y la tía Aili, con una diminuta sonrisa, no más que una ligera contracción de la comisura de los labios: «Pues el Señor se apiadó de todo aquel inmenso mal y no continuó destruyéndolos»).

Entre bombardeo y bombardeo recorrían nuestro barrio, con botas y pañuelos en la cabeza, portando entre las dos una cesta honda hecha de arpillera grisácea de donde sacaban, para todo aquel que estuviese dispuesto a aceptarlo, tarros de pepinillos en vinagre, medias cebollas, una pastilla de jabón, un par de calcetines de lana, un manojo de nabos o un poco de pimienta negra. Quién sabe cómo habrían llegado a sus manos todos esos tesoros. Los ultraortodoxos rechazaban con desprecio los dones de las misioneras, algunos las echaban con desdén de sus casas, otros aceptaban sus donativos pero, cuando la tía Aili y la tía Rauha se daban la vuelta, escupían en el suelo que habían pisado las misioneras.

Ellas no se ofendían: en sus bocas siempre había versículos proféticos llenos de consuelo, que a nosotros nos resultaban extraños y sorprendentes con su raro acento finés, que sonaba como sus pesadas botas andando sobre la grava: «Yo protegeré esta ciudad para salvarla». «Y no vendrá el enemigo a aterrorizar a las puertas de esta ciudad.» «Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncian la paz... porque no volverá a pasar por ti Belial...» Y también: «No temas, siervo mío, Jacob, oráculo del Señor, pues estoy contigo, yo exterminaré a todas las naciones entre las que te he dispersado...».

A veces, una de ellas se ofrecía voluntaria para hacer, en lugar nuestro, la larga cola del reparto del agua que nos traían en cisternas, sólo los días de diario impares de la semana, medio balde por familia, siempre y cuando algún fragmento de proyectil no hubiera perforado la cisterna antes de llegar a nuestra calle. Y una de las dos pasaba a veces por los cuartuchos de nuestro semisótano con las ventanas tapadas con bolsas de arena, y repartía a cada uno de los huéspedes sitiados, que vivían provisionalmente en casa, media tableta de «complejo vitamínico». A los niños les daba una tableta entera. ¿De dónde sacaban aquellas dos misioneras esos magníficos tesoros? ¿Dónde llenaban su cesta honda hecha de arpillera grisácea? Unos decían una cosa y otros, otra, y había quien me prevenía diciéndome que no aceptara nada de ellas, pues su única pretensión era «aprovecharse de nuestra desgracia y convertir almas para su Jesús».

Un día me armé de valor y, aunque conocía la respuesta, le pregunté a la tía Aili quién era Jesús. Sus labios temblaron ligeramente cuando me contestó dubitativa que no «era» sino que es, y nos ama a todos, y sobre todo a quienes lo desprecian y se burlan de él, y si llenara mi corazón de amor, él vendría a habitar en mi corazón, y me traería penas y también una inmensa felicidad, y de las penas despuntaría la felicidad.

Aquellas palabras me resultaron tan extrañas y tan misteriosas que tuve que preguntarle también a mi padre. Mi padre me tomó de la mano, me llevó al colchón de la cocina, al rincón refugio del tío Yosef, y le pidió al famoso autor del libro Jesús de Nazaret que me explicara quién era Jesús, en dos palabras.

El tío Yosef estaba echado, cansado, melancólico y pálido, en una esquina del colchón, con la espalda apoyada en la pared ennegrecida y las gafas sobre la frente. Su respuesta fue muy distinta a la de la tía Aili: para él Yeshúa era un hombre de Nazaret «de los más grandes de toda la historia del pueblo de Israel, un moralista extraordinario que aborrecía a los incircuncisos de corazón y luchó por devolver al judaísmo su sencillez originaria y apartarlo de las manos de los rabinos casuistas».

Yo no sabía quiénes eran los incircuncisos de corazón ni los rabinos casuistas. Y tampoco sabía cómo compaginar el Jesús del tío Yosef, un Jesús que aborrecía, luchaba y apartaba, con el Jesús de la tía Aili, que no aborrecía, ni luchaba ni apartaba sino justo todo lo contrario, que amaba sobre todo a los pecadores y a los que lo despreciaban.

En una vieja carpeta encontré una carta que me escribió la tía Rauha desde Helsinki en 1979, en su nombre y en el de la tía Aili. La carta está escrita en hebreo y, entre otras cosas, dice:

...También nosotros estamos contentos de que hayan ganado el festival de Eurovisión. ¡Y qué canción!

Los creyentes aquí están muy contentos de que ellos, en Israel, hayan cantado: ¡Aleluya! No hay ninguna canción más apropiada... Aquí he podido ver la película Holocausto, que ha provocado lágrimas y cargo de conciencia a los pueblos que persiguieron sin medida alguna, sin ningún sentido. Los cristianos deben pedir perdón a los judíos. Tu padre dijo una vez que no podía entender cómo el Señor había permitido tales horrores... Yo siempre le decía que el secreto del Señor está en el cielo. Jesús compartió con el pueblo de Israel todos sus sufrimientos. Los creyentes deben soportar la parte de sufrimiento que Jesús les dejó... La expiación del Mesías en la cruz cubrirá a pesar de todo los pecados del mundo, de la humanidad entera. Pero eso jamás se podrá comprender con la mente... Hubo nazis que tuvieron remordimientos y se arrepintieron antes de morir. Pero los judíos que murieron no volverán a la vida por el arrepentimiento de los nazis. Todos nosotros debemos expiar los pecados y ser benevolentes cada día. Jesús dice: no teman a los que matan el cuerpo, pues no tienen el poder de matar el alma. Esta carta te la manda también la tía Aili. Me di un fuerte golpe en la espalda hace 6 semanas cuando me caí del autobús, y la tía Aili no ve muy bien. Con amor, Rauha Moisió.

Cuando en una ocasión fui a Helsinki (porque se había traducido uno de mis libros al finés), aparecieron las dos de repente en la cafetería del hotel, envueltas en sendos chales oscuros que les cubrían los hombros y la cabeza, como dos ancianas campesinas. La tía Rauha se apoyaba en un bastón y agarraba con delicadeza la mano de la tía Aili, que ya estaba casi ciega, la sujetaba y la conducía con suavidad hacia una mesa lateral. Las dos querían ejercer su derecho a besarme en las mejillas y bendecirme. Después de mucho insistir me permitieron que las invitara a una taza de té «¡pero sin ningún acompañamiento, por favor!».

La tía Aili sonrió, más que una sonrisa fue un ligero temblor en la comisura de los labios, empezó a decir algo, se arrepintió, puso el puño derecho en la palma de

la mano izquierda, como poniéndole un pañal a un niño, movió la cabeza varias veces, como lamentándose, y al final dijo:

–Bendito sea el Señor por permitir que te veamos en nuestra tierra, pero no comprendo por qué no ha permitido que tus queridos padres estén entre los vivos. ¿Pero quién soy yo para comprender? El Señor tiene la respuesta. Nosotros sólo tenemos la sorpresa. Me gustaría pedirte que me permitieras tocar, perdóname, tu querida cara. Es que mis ojos ya se han apagado.

La tía Rauha dijo sobre mi padre:

–¡Que en paz descanse!, ¡era una buena persona! ¡Tenía un alma noble! ¡Un alma humana!

Y sobre mi madre dijo:

–Un alma atormentada, que la paz sea con ella. Era una persona muy atormentada porque veía en el corazón de las personas y no le resultaba fácil hacer frente a lo que veía. El profeta Jeremías dice: «Engañoso es el corazón más que cualquier otra cosa, e incurable, ¿quién lo conoce?».

En la calle, en Helsinki, caía una fina lluvia mezclada con algunos copos de nieve. La luz del día era tenue y turbia y los copos, que se derretían antes de llegar a la tierra, no eran blancos sino grises. Las dos ancianas con vestidos oscuros casi idénticos y unas gruesas medias marrones parecían dos alumnas de un modesto internado. Y las dos, cuando las besé, olían a detergente, a pan negro y a sueño nocturno. Un empleado de mantenimiento pasó delante de nosotros con prisa, era un hombre pequeño con toda una batería de bolígrafos y lapiceras en el bolsillo de la camisa. De la cesta que estaba a los pies de la mesa, la tía Rauha sacó un pequeño paquete envuelto en papel de estraza y me lo ofreció. De pronto reconocí la cesta: era la cesta de arpillera gris de los días del asedio de Jerusalem, treinta años antes de esa visita mía a Helsinki, de donde las tías sacaban y nos daban pequeños trozos de jabón, calcetines de lana, pan tostado, cerillas, velas, manojos de rábanos o escasísimos paquetes de leche en polvo.

## UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

---

Abrí el paquete y, además del libro sagrado, impreso en Jerusalem en hebreo y finés, con los textos enfrentados, y una pequeña caja de música hecha de madera policromada con la tapa de cobre, encontré un ramo de flores silvestres secas: unas extrañas flores finlandesas que eran muy hermosas incluso muertas, unas flores cuyo nombre desconocía y que no había visto jamás hasta aquella mañana.

–Cuánto amamos –dijo la tía Aili mientras sus ojos que ya no veían buscaban los míos–, cuánto amamos a tus queridos padres. Su vida en la tierra no fue fácil y no siempre el uno era benévolo con el otro. A veces había una pesada sombra entre ellos. Pero ahora, en su descanso final en el secreto del cielo bajo las alas del Señor, ahora entre tus padres sólo hay benevolencia y verdad, como dos niños inocentes que no conocen el mal, entre ellos sólo hay luz, amor y compasión por siempre, la izquierda de él bajo la cabeza de ella y la derecha de ella abrazándolo, y hace tiempo que se ha apartado de ellos cualquier sombra.

Yo pretendía regalarles a las tías dos ejemplares de mi libro traducido a su idioma, pero la tía Rauha se negó a aceptarlos: un libro hebreo, dijo, un libro sobre Jerusalem y escrito en Jerusalem debemos leerlo en hebreo y en ningún otro idioma. Y además, se excusó con una sonrisa, la verdad es que la tía Aili ya no puede leer nada, pues el Señor se ha llevado con Él la luz que le quedaba en los ojos. Sólo yo le leo aún en voz alta, mañana y tarde, pasajes de la Biblia y del Nuevo Testamento, de nuestro salterio y de otros libros sagrados, pero lo cierto es que mis ojos también han empezado a oscurecerse y dentro de poco seremos dos ciegatas.

Y cuando no le leo y la tía Aili no me escucha, nos sentamos frente a la ventana y miramos en el cristal los árboles y los pájaros, la nieve y el viento, la mañana y la tarde, la luz del día y la luz de la noche, y las dos le agradecemos humildemente al buen Dios toda su benevolencia y todas sus maravillas: hágase su voluntad así en el cielo como en la tierra. Tal vez tú también veas a veces, cuando estás descansando, hasta qué punto el firmamento y la tierra, los árboles y las piedras, el campo y el bosque están llenos de grandes maravillas. Todo ilumina, anuncia y testimonia como mil testigos la espléndida grandeza de la benevolencia.